

tes, no apartemos nuestra atención del Oriente, en donde tenemos todavía que considerar los progresos del motelismo, y su influencia sobre los acontecimientos de este siglo, en quanto á la religion y á la política.

ARTICULO II.

Estado de la religion y del imperio de los musulmanes en el Oriente en el siglo IX.

Aroun-Al-Raschid, príncipe amigo de las ciencias, á quien los historiadores árabes han dado como á porfía tan justos elogios, gobernaba todavía el imperio de los califas á principios de este siglo. Fuese por ternura para con sus hijos, ó por imitar el uso de los príncipes franceses, tocante á la sucesion del trono, de que podía haber sido instruido por los embaxadores que habia enviado á Carlo Magno, dividió antes de morir sus vastos estados entre sus tres hijos Amin, Mamon y Motassem. Al primogénito le dexaba el título de califa con las dos autoridades, la religiosa y la civil, que caracterizaban la potestad musulmana. Los dos segundos baxo las órdenes y dependencia de este, que era el gefe del estado, tenían grandes gobiernos compuestos de muchas provincias, en que exercian todos los derechos anexos al poder soberano. Esta division causó entre los musulmanes los mismos efectos que produjo tan largo tiempo entre los franceses; esto es, rivalidades, divisiones, guerras civiles, y todos los crímenes, que son consecuencia ordinaria de ellas. Zelosos y descontentos los tres hermanos se armaron el uno contra el otro; el primogénito para conservar los derechos de la soberanía, y los segundos para obtener la independencia: lo que fué un manantial fecundo de muertes, de pillages y de desolacion. El fuego de la discordia abrasó todo el imperio de los musulmanes, y hubo pocas provincias, y aun ciudades que no tomasen parte en estas funestas disensiones. Despues de derramada mucha sangre, y de una gran variedad de sucesos, la mayor parte de ellos opresivos para los pueblos, víctimas siempre en las querellas de los príncipes, Mamon, vencedor del estúpido Amin y del débil Motassem, se hizo único due-

ño del trono, que su valor y prudencia aseguraron por todo el resto de su reynado.

Este califa, que nosotros llamamos Al-Mamon, casi siempre estuvo en guerra contra Teófilo, emperador de Constantinopla. Al principio consiguió de él el príncipe griego ventajas considerables: pero habiéndose mudado la suerte de las armas, toda la felicidad se convirtió de parte de los musulmanes, que tomaron muchas ciudades del Asia menor, destruyendo las torres y las murallas que les servian de defensa, matando los ciudadanos, y haciendo por todas partes un inmenso botin. Al-Mamon no solamente se ha hecho recomendable por sus victorias, sino que adquirió una gloria aun mas sólida por la sabiduría de su gobierno, por su liberalidad, su dulzura y su amor á las ciencias. Componíase su corte de todos los personajes mas ilustres que habia entónces en el mundo, atrayéndolos con sus beneficios, y fixándolos allí con las ventajas y comodidades que hacia que hallasen. Los escritores árabes alaban su zelo por la religion de Mahoma, y su exactitud en observar todas las prácticas de que está cargada. No puede la imparcialidad de la historia negar á este califa los justos elogios que se deben á los príncipes virtuosos, ilustrados, amigos de la justicia, de las letras y de la humanidad.

Despues de la muerte de Al-Mamon pasó el cetro de los musulmanes á manos de su hermano Motassem, último hijo del califa Aroun. Es de admirar que este príncipe, nacido en una corte sábia y culta, hijo y hermano de dos soberanos célebres por sus conocimientos, que hicieron florecer las ciencias, y honraron los sábios, haya sido ignorante hasta el punto de no saber leer ni escribir. Pero si los hombres de letras no hallaron en él un protector benéfico, y un justo apreciador de los talentos, todas las gentes honradas vieron con admiracion en su persona un modelo de todas las virtudes reales y civiles. Suave, generoso, compasivo, modesto, enemigo del fausto y de los gastos superfluos, empleó sus riquezas en aliviar á los infelices, y en extinguir la mendicidad. Su aplicacion al por menor del gobierno nunca afloxaba: todo lo veía por sí mismo en quanto era posible, y procuraba no entregar su confianza sino á hombres incapaces de abusar de ella. A pesar de tantas buenas qualidades, y de una con-

ducta tan propia para asegurarse de la fidelidad de sus vasallos, tuvo este buen príncipe facciones que disipar, y rebeldes que combatir, hallándolos hasta en su propia familia. Abbas, uno de sus sobrinos, formó un partido, y se armó contra él, pero supo reducirle á su deber con sus prudentes reconvenciones. Mas trabajo le costó el reducir á otra cabeza de rebelion; sin embargo lo consiguió por el valor y buena conducta del general Afschim, á quien puso al frente de sus tropas.

En medio de estas turbaciones domésticas continuaba siempre con una alternativa de felicidades y reverses la guerra de rivalidad que se habia encendido entre los musulmanes y los griegos desde el origen del eslamismo. El emperador Teófilo habia recorrido con las armas en la mano muchas provincias de la dominacion mahometana, habiendo entrado como vencedor en la Siria, asolando todo este hermoso pais, y llevando un gran número de cautivos. Continuando en procurar sus ventajas, puso sitio á la ciudad de Sozopetra, en donde habia nacido Motassem; cuyo califa escribió al príncipe griego, rogándole que perdonase á un lugar que amaba por haber sido su cuna. No obstante esta recomendacion Sozopetra fué tomada, saqueada, y la mayor parte de sus habitantes exterminados ó reducidos á la esclavitud. De allí á algun tiempo habiéndose mostrado favorable la suerte de las armas al califa, tuvo su desquite. Sitió la ciudad de Amorium, patria de Teófilo, la tomó por asalto, la arruinó enteramente, y pasó al filo de la espada todos los hombres, mugeres y niños que habia dentro de sus murallas.

El reynado de Motassem continuó siendo agitado hasta su muerte por conspiraciones y tumultos. Fué el primero de los califas que llamó los turcos á su servicio; de lo que le habian dado exemplo los soberanos de Constantinopla, que habian hecho entrar en sus exércitos cuerpos enteros de esta nacion mucho tiempo desconocida, que de la laguna Meotis se extendió poco á poco sobre las orillas del Danubio, y llegó á ser en lo sucesivo tan formidable á los que la habian sacado de la obscuridad. Los que Motassem atraxo eran esclavos comprados á precio de dinero, de que compuso un cuerpo de tropas que destinó para su guardia. Esta milicia adquirió en poco tiempo una autoridad muy grande baxo príncipes débiles y voluptuosos,

tos, y se hizo tan temible á los sucesores de Motassem, como lo habian sido los soldados pretorianos á los monarcas de Roma desde Tiberio hasta Constantino.

Despues de los príncipes musulmanes, de quienes acabamos de hablar, Vathek-Billah, hijo y sucesor de Motassem, es el único de todos los de este siglo de quien la historia hace una mencion honorífica. Siguió las huellas de Al-Raschid su abuelo, y de su tio Al Mamon en quanto al gusto de las ciencias y estimacion de los sabios; cultivando él mismo como ellos las letras con felicidad, y adquiriendo nombre entre los poetas célebres de su tiempo. Los árabes han alabado sus obras, porque hallaban en ellas fuerza en los pensamientos, energia en la expresion y la armonia propia de su lengua. En quanto á lo demas fué turbado su reynado con las disputas teológicas que se habian suscitado entre los doctores musulmanes, en las quales tomó mas parte de la que corresponde á un soberano. Habia adoptado la opinion de los que sostenian que la palabra Dios, queria decir el Alcoran, no es increada ni por consiguiente eterna. Los musulmanes zelosos miraban esta doctrina como herética, no dudando que el Alcoran fuese eterno é increado, en cuya creencia hacian consistir la fe pura. Vathek exerció todo su poder en favor de los motozales, que era el nombre de los sectarios que protegía. Sus contrarios, que pretendian conservar la verdadera fe, oponian la conviccion y la firmeza á la fuerza que se empleaba contra ellos; y su valerosa resistencia, como asimismo el extremo calor con que el califa tomó este asunto, produxeron una violenta persecucion. Vathek no perdonaba ni al pueblo ni á los grandes, haciendo cortar la cabeza, y sufrir otros suplicios á los que no podía persuadir. Estas disensiones, fruto de la obstinacion y de la sutileza, duraron tanto como el reynado de Vathek, y costaron la vida á una infinidad de musulmanes. Semejante hecho y otros muchos del mismo género que nos ofrece la historia del eslamismo, bastan para demostrar la poca buena fe de ciertos autores modernos, calificadas con demasiada ligereza del bello nombre de filósofos, que por unas miras fáciles de penetrar nos representan la religion mahometana como el mas pacífico, el mas humano y el mas tolerante de todos los cultos. Motavathek, hermano y sucesor de Vathek en el califato, nos da una prueba de ello.

Habia concebido este príncipe un odio excesivo contra los alidas, secta numerosa de cismáticos, que traía su nombre del califa Alí, yerno de Mahoma: lo que fué causa de otra persecucion no ménos viva que la de que habia sido autor Vathek. El sepulcro de Alí y de su hijo Husain, objeto de veneracion para sus devotos sectarios, fué violado y destruido, y todos los que se escandalizaron de esta profanacion, se vieron expuestos al furor del califa, hasta su propio hijo Montasser. Por su parte las sectas perseguidas, viendo dirigida contra sí la espada, buscaban en la rebelion su seguridad. Costó trabajo á Vathek el escaparse de los golpes que le preparaba la venganza de los zelosos, y Motavathek no pudo evitar los que le ocasionaron los alidas, habiéndole asesinado con sus propias manos su hijo, que los compadecía, y á quien el padre maltrataba por causa de ellos. Que se nos pinte despues de esto á los mahometanos como hombres pacíficos y tolerantes en materia de religion! Así entre todos los pueblos la religion, fuente de los verdaderos bienes, ha llegado á ser demasiadas veces ocasion de los mayores males. Sin embargo, esto no prueba otra cosa que la perversidad del corazon humano, que en todos tiempos ha convertido en veneno el mas hermoso presente de la divinidad, y ha hecho contra la naturaleza de las cosas de un vínculo de paz y de concordia el pretexto de las mas funestas disensiones.

No solamente fué turbado el imperio de los califas por las disputas teológicas, y por la rivalidad de las sectas enemigas, sino que tambien otras causas produxeron entre ellos hasta el fin de este siglo súbitas revoluciones, escenas trágicas, y la caída de muchos soberanos, que despues de la muerte ó deposicion de sus predecesores, no subieron al trono sino para ser precipitados de él inmediatamente. El poder exórbite de la milicia turca, su insolencia y su natural propension á revelarse, fueron el principio de estos sucesos harto comunes entre las naciones sometidas al poder despótico. Bastaba que esta soldadesca orgullosa estuviese descontenta, para pedir la deposicion, y aun muchas veces hasta la muerte de sus señores, ó de sus visires. Codiciosa, turbulenta, y siempre inclinada á la murmuracion y á las sediciones, no se necesitaba mas que retardar su sueldo, ó hablar de reforma, para hacerla sacar el sable, y una vez amotinada, no se aplacaba sino con oro y sangre.

Por otro lado se levantaban frecuentemente fanáticos, que llevaban el desórden y la confusion á muchas provincias. Habiéndose juntado y tomado las armas en el Reynado de Mothadhed á fines de este siglo los karmatas (que tomaron su nombre del de un célebre impostor) causaron los mas horribles estragos en el Irak, y en algunos otros parages de la Arabia. Fué preciso poner en pie exércitos para combatirlos, y hasta despues de haber derramado mucha sangre no se consiguió restablecer la calma. Presentóse otro pretendido inspirado en el Kurzetan, que pasaba una vida muy austera, y se decia enviado de Dios para enseñar á los hombres la verdadera inteligencia del Alcoran, y restituir el eslamismo á su antigua pureza. Se atraxo un número prodigioso de sectarios: se le seguía en tropel, y se le escuchaba con admiracion, porque no hablaba sino de perfeccion, y explicaba en un sentido alegórico y espiritual lo que el comun de los doctores entendia á la letra.

La ambicion de los generales á quienes los califas daban el mando de los exércitos, era muchas veces fatal á estos príncipes, adormecidos la mayor parte de ellos en la molicie, y sumergidos en los mas sucios deleytes. La de los gobernadores de las provincias, ayudada del poder excesivo de que eran depositarios, y de las inmensas riquezas que tenían facilidad de amontonar, los movía frecuentemente á la rebelion. Si no siempre sacudian el yugo de la sumision, á lo ménos rara vez dexaban de tomar partido en los disturbios civiles, fuese para derribar del trono á un soberano que no les agradaba, ó para elevar á él á otro, baxo el qual esperaban gozar de mayor favor, y de una autoridad mas extensa. Algunos se dexaron tambien arrastrar del deseo de hacerse independientes, y lo consiguieron; y así se vieron formarse nuevas soberanías en el Korasan y en Egipto, cuyas desmembraciones del poder musulmano no se hacian jamas sin guerra y sin combates entre unos pueblos que no conocian mas que el derecho de las armas y la ley del mas fuerte.

De todo lo que hemos dicho en este artículo, comparado con el antecedente, se debe concluir que las calamidades del Oriente eran poco mas ó ménos las mismas baxo los déspotos de Bagdad, que baxo los monarcas de Constantinopla, y que el género humano sufría iguales desgra-

cias y desolacion en los paises sujetos á la ley de Mahoma, que en aquellos de donde el christianismo no habia retirado enteramente sus luces. Veamos ahora si el Occidente nos ofrece acaecimientos mas agradables que recorrer.

ARTICULO III.

Estado político del Occidente.

Hemos remitido para este siglo la pintura del reynado de Carlo Magno, y por lo mismo nos hemos puesto en el empeño de pintar sus conquistas, su gobierno y su ingenio: espectáculo acaso el mas grande y el mas interesante que la historia de las naciones ha presentado. Oxalá que el bosquejo que vamos á dar de él rápidamente pueda explicar sus principales acciones sin debilitarlas!

Este príncipe, cuyas grandes empresas estaban á ciertos respetos preparadas por los progresos, y por la sábia administracion de Pepino su padre, subió al trono de los franceses juntamente con Carlomano su hermano el año de 741, y quedó único poseedor de la monarquía en 771 por la muerte de este mismo hermano, cuyos hijos se hallaron excluidos de toda particion. La historia de Carlo Magno está naturalmente dividida en dos épocas, de las quales la una abraza los tiempos que han corrido desde la muerte de Pepino hasta la renovacion del imperio de Occidente, y la otra se extiende desde este glorioso suceso hasta la muerte del restaurador del trono de los Césares. La primera de estas épocas pertenece al siglo octavo, y la segunda al que nos ocupa; pero no las hemos separado por no romper un conjunto tan hermoso, que forzosamente hubiera perdido una parte de su interes, si lo hubiésemos dividido en dos trozos aislados, cuyo cotejo hubiera sido difícil y molesto.

Parece que desde el momento en que este príncipe quedó solo por rey de los franceses, comprehendió y combinó con aquella ojeada pronta y segura, que es peculiar de los hombres de ingenio, la extension y las fuerzas de sus estados, las buenas y malas qualidades de su pueblo, el carácter y las necesidades de su siglo, con la constitucion, virtudes y vicios de las demás naciones de la Europa; y que conforme á esto ha trazado el sistema político

que quería establecer, y el plan de engrandecimiento, que no cesó de seguir hasta que llegó á su entera execucion. Se le vió caminar constantemente por una misma línea, y dirigirse con perseverancia al mismo fin, sin apartarse de él jamas. Se propuso tres objetos: ilustrar su pueblo, haciendo revivir las ciencias y las artes: echar los fundamentos de una administracion firme y regular por medio de buenas leyes: y restituir la paz á la Europa, sometiendo las naciones bárbaras y zelosas que la turbaban, y civilizándolas despues de sojuzgadas. El primero de estos objetos hallará su lugar en el artículo siguiente: los otros dos deben fixar nuestra atencion en este.

Carlo Magno merece sin contradiccion ser colocado en un lugar distinguido entre el número de legisladores, que con instituciones útiles, y sabios reglamentos han trabajado en hacer feliz la sociedad. Sin embargo, su legislacion no tiene ninguna semejanza con la de los Licurgos, Solones, Numas, Zaleucos y otros bienhechores de la humanidad, que tuvieron que formar sociedades nacies, ó que civilizar á las virtuosas. La empresa de Carlo Magno era á un mismo tiempo mas vasta y mas difícil. Se necesitaba someter á un mismo yugo muchas naciones inclinadas á la independencian, zelosas de conservar en la misma sujecion una apariencia de libertad, poco distantes la mayor parte de ellas de la barbarie; y que para colmo de la dificultad tenian ya una sombra de legislacion cimentada por el hábito, y que se habia hecho sagrada por el respeto que siempre se tiene á los establecimientos antiguos; y que parecen unidos inseparablemente con la prosperidad pública. Todos estos pueblos, diferentes en lengua y origen, salianos, ripuarios, alemanes, bátavos, saxones, lorenos, borgoñones, &c. tenian cada uno su carácter, su genio, sus preocupaciones nacionales, sus pretensiones y sus derechos respectivos contra los otros pueblos que los rodeaban. Algunos estaban todavia sumergidos en las tinieblas del paganismo, y resistian al zelo de los hombres apostólicos que trabajaban en iluminarlos. Otros eran christianos recientes; y por consiguiente mal consolidados en los principios de una religion, que no habian podido aun conocer en toda su sublimidad y utilidad, conservaban una viva propension á su antiguo culto. Otros finalmente, nacidos en el seno de la Iglesia, observaban